

poetas del modernismo español. Hasta el punto de no parecer exactamente español, ni en su fascinante obra literaria, ni en su vida, ni en la descripción del mar de las islas que lo hizo el poeta que fue y es; ni en sus nostalgias calladas, ni en sus melancolías suaves, ni en sus enfermedades ni en su muerte. Estudió en Madrid, leyó allí sus poemas del mar con voz de poco hondo y seco, atlántico y profundo. Sedujo al mundo de Madrid, venido de más allá de las columnas de Hércules, como una exandescencia de fuego que se abría sus propias venas. Era original porque era exótico, poderoso y excéntrico. Los dilectos maestros del castellano retórico, los chamanes grises de la literatura nacional de España y los clérigos que dibujan los prestigios institucionales lo dieron entonces de alta en el catálogo de animales raros. Lo era. Por eso lo elogiaron y mimaron: como se juega con un ejemplar único, exótico y simpático que venía de «las Canarias» a hacer su carrera literaria «en España», ¡qué cosas!, ¡qué derroche de asombro, cuánta ternura entonces! Pero Morales escribió y declamó los versos más hermosos aquella noche poética de España. ¿Y qué hicieron los expertos del modernismo? Como máximo lo declararon *epígono* de Rubén Darío, otro mestizo de realidades y conciencia. No voy a negar las influencias de Darío en Morales, ni las de Verlaine, por supuesto. Pero tampoco hay que negar que fue Darío quien mágicamente sincretizó los testigos de aquellos mil ríos que fueron antes

que él en las literaturas de lengua española, y supo mágicamente, palabra sobre palabra, transformar la carne en verso eterno y fundacional. Fue Darío, y no ningún español de nación, quien consiguió que el castellano viejo comenzara a ser el español nuevo para

---

*«No supieron comprender que Darío era mucho más antiguo que los viejos, mucho más intemporal que cualquier otro fenómeno aplaudido sincrónicamente».*

---

abrir el camino de lo que la autoridad insoslayable de Dámaso Alonso llamaría —para los años por venir— la lengua hispanoamericana.

Del fenómeno «Darío» habla Francisco Umbral en *Las palabras de la tribu*. Y dice: «Lleno (Darío) de abruma-

---

*«También creo que, como el ron, el criollo es un invento canario, de su historia y de su indudable tributo de sangre».*

---

*ciones de todo cuanto le pesa en la espalda, atlante que carga con el mundo para instaurarlo en alguna parte, Rubén se tambalea bajo el peso del universo venidero que se le ha subido a hombros, y los madrileños y los críticos creen que se tambalea de whisky».*

Eso dice Umbral, español viejo sin embargo. No supieron comprender que Darío era mucho más antiguo que los viejos, mucho más intemporal que cualquier otro fenómeno aplaudido sincrónicamente. Por Darío vuelvo, regreso y encuentro a Morales. Murió el poeta en 1921, a los 36 años. La tumba lejana —Canarias, su origen, las islas— le trajo ese silencio mezquino, olvidadizo, turbio, esa desidia paradigmática de los exégetas de la literatura nacional de España. Y tuvieron que pasar muchas décadas de polvo e incuria ignominiosa para que Carlos Barral, (¿cuántas veces Carlos Barral?, casi siempre Carlos Barral, digo yo) en los primeros 70 sacara del silencio al poeta reeditando *Las Rosas de Hércules*, confirmando al mismo tiempo en un prólogo firmado por él en esa edición, que Morales era el maestro poético del modernismo español y uno de los más relevantes de todos nuestros ámbitos culturales. Pero hasta ese momento y todavía, los expertos de la crítica universitaria española proclaman a Morales como el mejor epígono, incluso darío, del poeta Rubén Darío.

Quiero con Morales situarme —en homenaje a él y a todos nuestros mestizajes literarios, despreciados, malentendidos y desoídos injustamente— en la ultraperiferia de la literatura nacional de España, en la excentricidad histórica y geográfica que es el Archipiélago Canario. Quiero nombrar a Agustín Espinosa, cuya novela *Crimen* es la más importante del surrealismo español, junto y por encima de